

# RABINDRANATH TAGORE

## El sutilísimo poeta hindú

ESTE mago moderno de la poesía, conocedor melódico de todos los matices del pensamiento, gigante alma de niño con orientales irisaciones, famoso ya en el mundo de las ideas, arribó a Nueva York recientemente.

Apenas contemplamos su faz serena de apóstol y la dulce luminosidad de sus grandes ojos de vidente en las fotografías que publicaron los diarios, nos dispusimos en orden de peregrinación, tal que si pensáramos visitar algo muy venerado, inclinado el torso, destocados, mirándole con la humildad del que escucha una oración al sacerdote.

Porque Rabindranath Tagore es un sacerdote en el amplio concepto de la palabra; más aún: es un Mesías contemporáneo, en cuyo inflamado corazón, rebosante de fraternidad, quiso el Cielo que resonaran delicadísimas canciones.

El genial poeta hindú refleja, así en su aspecto y con su palabra como en sus libros, las dos características de los maestros: serenidad, sinceridad.

Tagore es un cauce idílico; su mansedumbre literaria hay que encontrarla en la vida de Crisóstomo, del hermano Francisco. Sus versos exhalan una ternura casi desconocida en la literatura occidental. Hay un suave panteísmo en todos sus poemas que logra esponjar el alma del lector, como si uno se bañara en el Infinito, sintiéndose ingrátido, lumínico, espolvoreado en las cosas...

Si fuéramos a adjetivarle, a encastrarle con arreglo a nuestras cambiantes y ridículas fórmulas de escuela, a Rabindranath Tagore le llamaríamos panteísta, teósofo, budista, esotérico y sabe Dios cuántas lindezas por el estilo, siendo tan fácil, con una palabra, calificar su maravilloso talento, porque el anciano bengalés es, por excelencia, poeta, el poeta, tal como, por raíz filológica, ha de entenderse el significado directo de los «adivinos» e intérpretes de los pensamientos altos y bellos.

Un grupo de periodistas, en su mayor parte americanos, escuchamos su palabra fluída, resonante, cálida y dulce al mismo tiempo. Su gentil figura de gran señor oriental, la placidez de su noble rostro, austero y expresivo, el mesurado accionar de sus manos y todo su continente grave y sin embargo lleno de cordialidad, a todos nos impresionó muy gratamente desde los primeros instantes.

Nos recibió en su Departamento del Hotel Algonquin, estrechándonos la

mano y sonriéndonos. Luego de unos minutos en que las preguntas y respuestas se cruzaron rápidas y discretas, el autor de *El Cartero del Rey*,— acaso su mejor obra—nos habló así:

«Yo dije alguna vez—comenzó diciendo Rabindranath—que América era fuerte, ruidosa. Pero esto no es exactamente la verdad; hay que ampliar el concepto. América es joven, impetuosa, hambrienta de vida expansiva, con ambas manos tendidas en su robusto deseo de abrazar muchos horizontes.



RABINDRANATH TAGORE

(Dibujo de A. GARDUNO)

«Los europeos se hallan exhaustos, gastados, laxos. La civilización europea, habiendo desparramado su cauce, volverá a orientarlo en América la joven, donde la vida, exuberante y pródiga, comienza ahora a formar ideales nuevos con la virilidad y el entusiasmo de las primeras acometidas. El viejo mundo, después de la tremenda crisis de la guerra, se encuentra en peor situación con el advenimiento de la paz.

«Pero, de todas suertes, a pesar del gran fracaso que significó, así en lo espiritual como en lo material, el enorme desahogo de la guerra, yo soy optimista con respecto a los futuros destinos de la Humanidad. Yo no desespero de los pueblos europeos, que, al fin, encontrarán una honrada orientación sociológica fundada, según creo, sobre bases más fraternales que jamás se hayan ensayado en la Historia.

«La tirante situación entre Inglate-

rra e Irlanda rompe el corazón. Recientemente, estando yo en Francia, leía las informaciones de los periódicos acerca de este difícil problema, y, a consecuencia de tales lecturas, caí enfermo, materialmente afectado.

«La gravedad de la situación sigue en pie; la política inglesa, usando todos los recursos imaginativos de su autoridad, no hace otra cosa que aplazar la gran ruptura, un desenlace sangriento tanto más horrible cuanto más detenido... Acaso el Altísimo se apiade de nosotros...

«En este Continente no todas las condiciones que prevalecen son buenas; falta mucho por andar, pero los peregrinos poseen sólidas piernas que sabrán acarrear sus optimismos hacia más fraternales circunstancias. Hay esperanzas. La guerra no ha torcido, no ha logrado desvirtuar las cualidades espirituales, casi vírgenes, que florecen desde hace algunos lustros en esta parte del planeta.

«Acerca del intento de Mr. Edison para establecer científicamente comunicación con los muertos, llegando a la certeza de la supervivencia... Bien; esto es una materia espiritual seguramente, un buen camino de experimentación practicada con sinceridad, con curiosidad noble y deseos vehementes de sana filosofía.

«He aquí una pregunta: La personalidad, el yo, ¿puede y desea comunicarse con la tierra que dejó tras de sí?

«Antes de nuestro nacimiento no teníamos noción de lo que la vida iba a ser. Y justamente tampoco tenemos idea de lo que nos espera después de la muerte. Nacemos y nos hallamos como en nuestra propia casa; parece que todo estaba previsto para nosotros.

«Todo lo que sabemos del mundo que nos espera es que será algo bueno; no se concibe, no puede ser de otro modo. La muerte sería terrible de no morir con tal creencia. Tengamos fé.

«Respecto a la máquina de Mr. Edison, con la que se intenta averiguar si la personalidad sobrevive, no se puede decir aquí si un desencarnado desearía o tendría los medios de comunicarse con los vivos por conducto mecánico. Es esta una cuestión, una gran cuestión que nos afecta fundamentalmente a todos. Plantearla es algo; resolverla... acaso sea demasiado.

«La vida futura nos ofrece mejores perspectivas que las de este mundo; hay que creer, hay que estar seguros de un «más allá» iluminado de bondad y de sabiduría de acuerdo con la ley de evolución universal...

«Encuentro en América una asombrosa hambre espiritual, signo de un bello porvenir de civilización mental, y se va abriendo paso la verdad que consiste en la íntima persuasión de que no bastan las riquezas materiales